

EMOCIONES CONTENIDAS

Se cuenta en el pueblo que Ana Clara Laurente era una niña prodigio, que fue salteando grados y llegó a la universidad con apenas trece años. En la etapa escolar se caracterizó por ser muy solidaria con aquellos compañeros a los que le costaba entender o aprender los conceptos; se había convertido en la ayudante ejemplar de los maestros, que se sentían muy orgullosos de su alumna avanzada.

Para los actos escolares era convocada para tocar el arpa, instrumento que había estudiado desde bien pequeña porque a su madre le encantaba. En el patio de celebraciones se hacía un gran silencio cuando subía al escenario y tejía melodías con sus manos entre las cuerdas.

Cuando no estaba estudiando, colaboraba en el Comedor de su barrio, dando de comer a otros niños y adultos mayores. Su abuela le había enseñado a tejer y cada invierno Ana tejía mantas que distribuía en los roperos comunitarios para que la gente en situación de calle pudiera estar abrigada. Otra cualidad que todo el pueblo admiraba en ella era su amor por los animales. Era normal ver en la puerta de su casa un platito con alimento y otro con agua limpia y fresca para los perritos callejeros que abundaban en el barrio y cuando el invierno comenzaba a hacerse notar, salía puerta a puerta a pedir cajas de cartón, nylon o cualquier elemento que pudieran donar para hacer refugios para que pasaran la noche calentitos antes de proseguir su camino.

No tenía muchos amigos, era más bien reservada, solitaria y no le gustaban las fiestas, cuando los chicos salían a jugar a la vereda, ella prefería quedarse en su dormitorio, leyendo un buen libro, escribiendo en su diario o escuchando música clásica, para luego practicarla en su arpa. Todos le respetaban su forma de ser, porque no molestaba a nadie y era muy buena ciudadana y vecina.

Llegada su adolescencia seguía sin ser muy popular, tampoco era muy moderna para vestirse, y los colores que usaba eran serios y apagados, pero así y todo Lucas Mackensie, compañero de facultad, la invitó a salir un día a tomar un café, Ana al principio no sabía qué decir, no estaba muy habituada a que los chicos la invitasen, más bien le escapaban, pero también temía por su padre, un hombre muy estricto que no veía con buenos ojos que saliera con muchachos sin un compromiso formal.

Ese día tuvo que contarle a su progenitor que un compañero la había invitado a salir el fin de semana y si a él no le parecía mal le gustaría poder hacer algo de lo que hacen las chicas de su edad. El padre la miró y al ver unos destellos diferentes en los ojos de su hija, que por lo general eran apagados, le dijo que la autorizaba pero que tenía que prometer que estaría temprano en casa.

Ese sábado, se levantó temprano como siempre, salió a cambiar y lavar los platos de comida y agua para los perros, limpió toda la casa, ayudó a la Hermana Dorotea de la Capilla Sagrado Corazón a pulir los elementos que por la tarde el padre Savino usaría para officiar la misa. Planchó las camisas que su padre usaría durante la semana y después de culminar con todas las tareas, revisó qué prendas serían las adecuadas para salir esa noche. Se dio cuenta de que no

tenía muchas opciones, así que eligió un vestido escocés de lanilla gris, una camisa celeste con lazo y unos zapatos de tacones, que usaba poco pero esa noche era una buena ocasión.

Se cuenta que Lucas la pasó a buscar a la hora de la cena, que su padre abrió la puerta y no lo miró con cara de buenos amigos, y no contento con esto pronunció unas amenazas con respecto a que si le faltaba el respeto a su hija se las tendría que ver con él, provocando que el muchacho sintiera una leve indisposición. Cuando Ana Laura bajó sólo pudo ver cómo su cita corría escaleras abajo, dejándola con la ilusión de lo que no fue. No era la primera vez que su padre le hacía esto, para él no había muchacho que se adecuara a su hija. Ana Clara era su nena, era inteligente y ninguno de estos chicos del pueblo era digno de su hija.

Triste, subió la escalera, se quitó la ropa, se puso la bata y bajó con un libro a la sala. Su padre estaba sentado en el sofá mirando su programa de televisión favorito y poco le importó observar que su hija se sentía realmente triste por lo que había hecho. Ana no intentó siquiera razonar con él. Sabía que era una discusión estéril, nunca entendería lo que ella necesitaba para su vida, su amor la asfixiaba.

Esa noche durmió inquieta, estaba disgustada de verdad, ni siquiera tocar el arpa, sonido que siempre la había relajado, lo lograba. Muchos malos pensamientos se acumulaban en su mente. Dio vueltas para un lado y otro, pero no logró conciliar el sueño. Se levantó, fue hasta la cocina, bebió un vaso con agua, y por la ventana vio algo que la puso furiosa al punto de no tener control; su padre estaba quemando todos y cada uno de los refugios que ella tan amorosamente había construido para sus perritos callejeros.

Salió a la calle para detener semejante desmán pero sólo recibió un empujón y gritos de que no iba a permitir mugre en su cuadra. Ana estaba entrando en la casa con los ojos llorosos cuando un alarido atroz la hizo darse vuelta para ver cómo su padre, su amoroso padre, levantaba un palo para volver a pegarle a uno de los tantos callejeros que se habían acercado a comer

Los vecinos alertados por los gritos de la chica y los alaridos del animal, salieron a la vereda, trataron de calmar al hombre que sólo le gritaba a su hija que se metiera adentro de la casa y lo dejara terminar la limpieza en paz. Ana lloraba descontrolada, lo golpeaba con los puños, y todo lo que tenía acumulado de años pareció salir en ese momento, porque tomó una piedra y la descargó con todo su odio sobre la cabeza de su padre que cayó al piso; los vecinos no podían salir de su asombro, la niña callada, tierna, solidaria, sin maldad, se había transformado en una salvaje que golpeaba con la piedra una y otra vez a su padre ya muerto con el primer golpe.

Lucas, arrepentido de haberse ido sin darle siquiera una oportunidad estaba volviendo cuando presenció ese espectáculo violento, y corrió para contener a Ana que estaba fuera de sí. Estuvo a punto de descargar la piedra sobre la frente del chico cuando se dio cuenta de quién era, entonces tiró la piedra ensangrentada, corrió hacia la casa y ahí se encerró hasta que la policía la retiró esposada para llevarla a la comisaría.

Al día siguiente nadie podía creer lo que estaba en los diarios. En la sección policial el titular de la foto decía: Ana Laura Laurente asesina a su padre. Las pruebas encontradas fueron contundentes y hubo muchos testigos de esa noche que confirmaron que efectivamente ella sola y sin ayuda había desencadenado semejante tragedia. Hoy está purgando su crimen en una

cárcel de mujeres de alta seguridad. Sus compañeras de celda dicen que es una buena amiga, les ha enseñado a leer, escribir, tejer. Tienen una mascota, un gato que se llama Lucas, al que Ana atiende con mucho amor, muchos libros que les lee a las otras presidiarias. Y por las noches, cuando la luz se apaga, se la puede ver moviendo sus dedos finos y largos como si tocara el arpa hasta quedar dormida.